

BIBLIOTECA DEL ATENEO DE EL SALVADOR 

Lorenza Cisneros

ENSAYO
DE NOVELA HISTORICA
POR

Adrián M. Arévalo

San Salvador, en Imprenta Nacional, en 1913

DIDICATORIA:

Este ensayo de novela histórica nacional, es fruto de mi perseverancia como obrero en el ramo tipográfico; y ya que bondadosamente la reproduce el Ateneo de El Salvador, me es grato dedicarla, con mis respetos y amistad, al Sr. don Carlos Meléndez

EL AUTOR.

San Salvador, octubre de 1873.

ADVERTENCIA

El *Ateneo de El Salvador* reproduce, para el acervo de su biblioteca, este ensayo de novela, como estímulo para uno de sus miembros, don Adrián M. Arévalo, y como muestra evidente de la cultura que ha alcanzado entre nosotros el gremio obrero.

El *Ateneo* labora por el progreso moral en todos los órdenes, y cree llenar cumplidamente su programa presentando el contingente de sus socios.

San Salvador, octubre de 1913.

UNA CARTA

SEÑOR DON ADRIÁN M. ARÉVALO.

P.

Estimado amigo:

He leído con verdadero placer la novelita que tuviste la bondad de facilitarme, inédita aún, para que te diera mi opinión respecto de ella.

Encargo difícil es para mi ese, por muchos motivos que te será fácil comprenderlos, y el principal es que al leerla, para nada me he fijado en los defectos que ella contenga, como obra humana al fin, sólo he visto el esfuerzo intelectual de "un obrero del progreso", como han dado en llamarnos a los tipógrafos, que sin más estudios que los elementales de las escuelas primarias, han logrado algunos, como tú, a fuerza de constancia, realizar lo que a muchos que se llaman letrados les ha sido punto menos que imposible.

Y es que el pueblo raras veces se equivoca, y cuando dice que "el poeta nace", así debe ser.

Tu novelita creo que gustará por ser un asunto puramente nacional.

La impresión que me ha causado su lectura no puede ser más agradable.

Ríndote las gracias por el rato ameno que me has proporcionado con tu simpática "LORENZA", y, como siempre, soy tu servidor y amigo.

N. S. VILLAFUERTE.

San Salvador, 4 de julio de 1897.



PRIMERA PARTE

I

En la madrugada del día 15 de agosto de 1828, se dirigían dos hombres—joven el uno, viejo el otro—por la entonces *Calle del Mentidero* y hoy 10ª Avenida Norte. Caminaban con paso rápido, como indicando que querían salir cuanto antes de la vista de testigos importunos, a pesar de que la hora y las circunstancias que rodeaban la capital de nuestro Estado, no permitían el libre tránsito de las gentes por sus medrosas calles.

Y bien—dijo el viejo,—ya distante de las pocas casas que había por aquellos solitarios sitios—¿qué hemos logrado con vuestra imprudencia de venir y que yo os acompañara?

—Calla, viejo estúpido, que por ahora no estoy para dar explicacio-

nes a nadie; además, nada te importa mi venida.

— Tenéis razón, mi Coronel, pues mi pellejo no es el vuestro; además, mientras vos estabas confortablemente al lado tal vez de alguna linda *guanaca*, yo pasaba mis sustos con el ¿quién vive? de las malditas rondas, y eso de venir ahora echando la lengua en estos malditos callejones, que no parecen sino el camino por donde se llega al infierno, es casi nada, por cierto.

— Silencio! que vengo con la sangre hirviendo, y no estoy para escuchar necedades. Si continuas en tu eterna charla, hoy mismo pediré que te pasen a otro cuerpo.

— ¡Ah! no, mi Coronel, vos no haréis eso, pues bien sabéis que en cambio de mi eterna charla como decís, me sobra el valor, y váyase lo uno por lo otro.

La actitud humilde, aunque fanfarrona del viejo soldado, hizo cambiar de tono al Coronel (tal grado tenía nuestro personaje en el ejército guatemalteco, acampado en el pueblo de Mejicanos) pues repuso con voz menos severa:

— Es por eso que desde que tuve la gerarquía de jefe, te pedí al superior por mi ayudante; por consi-

guiente, nadie mejor que yo está convencido que entras a los combates sin la menor agitación y tratas a las balas como a antiguas camaradas: pero eso no obsta para que hoy, más que nunca, guardes un absoluto silencio.

— Lo que quiere decir, que el viento que mi Coronel ha respirado en esa casa, estaba emponzoñado quizá, pues si así no fuera, no trataría a su antiguo ayudante con esa severidad tan poco conocida en él.

No queriendo el joven militar que su ayudante (con quien no se podía mostrar severo, pues le tenía especial cariño) trasluciera lo que le había pasado en la entrevista que acababa de tener y en la cual había soportado lo que en realidad no merecía, como verán más adelante los que esto lean; pero fundándose en las apariencias, que por otra parte no podían ser más palpitantes, la persona con quien acababa de hablar era acreedor a ello, repuso en distinto tono:

— Tienes razón: entre tú y yo no debe haber la más pequeña sombra de disgusto y en caso de que ingresaras a otro cuerpo no sería por cierto con el mismo grado, pues todas las dotes del buen militar las tienes brillantemente perfiladas.

— ¡Ah! mi Coronel, eso es demasiado, yo no soy más que....

— Ninguno mejor que yo conoce tus cualidades. Además, nadie nos oye y yo no sería capaz de ensalzarte ante ninguno de nuestros jefes estando tú presente, porque hartas demostradas quedan tus aptitudes de verdadero soldado. Dígalo si no la acción de Arrazola, donde hicimos huir despavorido al ejército salvadoreño, mandado por aquel Trigueros, que todo podía ser, menos militar.

— Trigales debió haber sido, para que no muriera de hambre la mayor parte de sus soldados.

— Aguarda, no me interrumpas. Cuando nos batimos al mando del General Arce contra estos mismos *guanacos*, atrincherados en los desfiladeros de Milingo, aunque es verdad que nos derrotaron, no fue culpa nuestra, y no obstante esa derrota, recuerdo que lograste....

— Basta, mi Coronel. Según vos, yo debería ser un Mariscal de Francia!

— Vamos, poco a poco, porque en ese caso yo sería un Napoleón.

— Entonces convengamos en que somos lo que somos.

— Pero bien podemos llegar a más.

— Esa es cosa que con el tiempo vendrá; mas hoy dejando a un lado

la cuestión de méritos os diré, mi Coronel, que como mis narices no sólo me sirven para oler el humo de la pólvora, os diré, repito, que han husmeado que en este asunto hay fal-das de por medio, aunque mi vista no haya podido penetrar más allá de los espesos muros de ese caserón, donde con vuestra audacia acostum-brada, os introducísteis.

— Pues tienes buen olfato.

— Según eso, he acertado?

— No hay duda.

— En ese caso?

— Nada sabrás de lo que ha pa-sado al través de esos espesos muros.

— Entonces me callo.

— Ni cosa mejor. Además, ya lle-gamos al campamento y no quiero que se entere nadie de nuestra au-sencia.

— Muy bien, seré mudo como los indios de Cuscatancingo, que dejamos panza arriba en la escaramuzita de ayer tarde.

II

La alta sociedad del tiempo en que sucedió lo que vamos narrando, era sumamente limitada, pues eran po-quisimas las familias que la componían.

Aquí, que era la capital del Estado, no se conocía, no admirándose por lo mismo, el bello aspecto exterior, ni mucho menos el deslumbrante interior de la multitud de edificios que hoy adornan las ciudades principales de El Salvador. Unas cuantas casas de color pardo-oscuro, con ventanas guardadas por gruesos barrotes de madera, se destacaban en un pequeño circuito, sin ninguna simetría.

En las pocas casas del centro, no había ese lujo de hoy, que bien pudiera calificarse de supérfluo, y cuyo brillo hiere de una manera lastimosa, la vista de los hijos de esa madre harapienta que se llama pobreza.

Había, sin embargo, un edificio que se distinguía de los otros, por su relativa elegancia, pues la blancura de sus paredes venía a ser como la nota alegre en medio de los demás. No sólo por su belleza exterior se distinguía el tal edificio, sino porque en su recinto se reunían los hombres que en política figuraban en primera fila.

Allí se habían fraguado los primeros movimientos insurreccionales de independencia, que abortaron de una manera lastimosa, por falta de unidad y de concierto, el primero en 1811 y el segundo en 1814; allí se levantó, airada, la solemne protesta

contra la anexión de Centro-América al Imperio Mejicano; allí se maduró el plan de defensa que dió por resultado que el General Manuel José Arce, primer Presidente federal de Centro-América, mordiera el polvo junto con sus huestes en las memorables cumbres de Milingo; de allí, en fin, salían las acertadas disposiciones que mantenían a raya al ejército invasor guatemalteco, situado en el vecino pueblo de Mejicanos; pero en esta ocasión tomaba una parte muy activa en la defensa de la Patria, desde el recinto de su hogar, y de un modo muy distinto al de las balas, la joven Lorenza Cisneros, fresca y arrogante morena, hija única del ciudadano Juan Vicente Cisneros, miembro importantísimo de la Junta de Gobierno que organizó el doctor Delgado y a la sazón Jefe Supremo del Estado, pues esta joven gallarda, con su encantadora altivez, infundía en el ánimo de los soldados del honor y del derecho, aquella sublime abnegación de que entonces y hoy, dieran pruebas los heroicos descendientes del inmortal Lempira.

Cisneros era hombre que comprendía de una manera elocuente, que la guerra es y será siempre, el azote más cruel que puede caer sobre las espaldas de

los pueblos, mucho más si éstos se encuentran envueltos en las nebulosidades que deja la vida colonial y en que no de otro modo se encontraba el nuestro.

Cisneros comprendía también, que la ambición desenfadada de unos y el apego ridículo a los mugrientos pergaminos de otros, mantendrían a la pobre Centro-América — ¡quién sabe hasta cuándo! — cubierta con el manto de la discordia; es por eso que se esforzaba en mantener la paz, pero sin desdoro de la soberanía del Estado, que en aquella ocasión se encontraba amenazada de muerte.

III

La primera tentativa de independencia descubierta — dice la historia — dio por resultado inmediato, el llamamiento a Guatemala, del doctor Matías Delgado, alta personalidad moral y política de la época; mas no por eso dejaron los patriotas de acariciar en su mente la idea de redimir a la patria.

La velocidad con que se desarrollaron los acontecimientos fue imposible contenerla. Semejante a un torrente que no respeta diques que se

opongan a su paso, así se extendió la idea revolucionaria del uno al otro extremo de Centro-América, dibujándose en su horizonte la gran silueta de la libertad, y cuyas claridades iluminaban ya la conciencia de estos pueblos y los hacía despertar del sueño abrumador y maléfico que les había impuesto su condición de pupilos, por largas y dolorosas centurias.

A los ocho años, poco más o menos, volvió el padre Delgado a la Provincia de San Salvador y en ocasión que ésta se encontraba en la mayor efervescencia, con motivo del acta celebrada en Guatemala, que declaraba a las Provincias de Centro-América, desligadas de la tutela española, viniendo en su compañía un joven Teniente de Infantería, cuyo nombre era Jorge Llerena.

Delgado, hombre superior, traía la misión de organizar y presidir una Junta subordinada a la de Guatemala, pues como se ha dicho ya, en aquella Provincia se había hecho y firmado el acta de independencia absoluta.

Jorge Llerena, joven elegante y miembro de una distinguida y acomodada familia guatemalteca, acompañaba al padre Delgado a las reuniones que con motivo de la redención de la patria, se celebraban en casa del señor

Cisneros, convencido patriota y prócer distinguido de nuestra independencia.

Al principio, nuestro Teniente, a pesar de sus pocos años, se empeñaba en discusiones acaloradas con aquel grupo de hombres que no ambicionaban sino la felicidad del pueblo, cuyas cadenas acababan de fundirse al calor de la evolución del progreso; pero a medida que iba estrechando sus relaciones con Lorenza, fue olvidando también las escabrosidades políticas, hasta caer loco de amor a los pies de la deidad cuscatleca.

Lorenza, gracias a la educación que había recibido, mantenía, sin despreciarlo tampoco, a cierta respetuosa distancia al Teniente Llerena, pues ya experimentaba, allá en lo íntimo del alma, cierta amorosa simpatía por el apuesto Teniente.

Por su parte, Jorge no era ya el joven fogoso que discutía con Arce, Rodríguez y Fagoaga los grandes problemas de la política, ni cuál era la mejor forma de gobierno que debía adoptarse en las que ayer no más habían dejado de ser provincias españolas; ni tampoco le interesaba ya la gran transición que se operaba en el suelo donde nació. Toda su ambición y bienestar estaban cifrados en

obtener el primer puesto en el corazón de Lorenza.

Y decimos el primer puesto en el corazón de Lorenza, porque no sólo el Teniente Llerena era el único elemento joven que frecuentaba la casa del señor Cisneros, pues allí se reunían la aristocracia del dinero y de la juventud; pero a éstas más les hacía delirar la idea de la Patria, que las tentadoras formas de la joven.

IV

Así las cosas, fue llamado violentamente a Guatemala el Teniente Llerena, con motivo de la excitativa hecha por el General Agustín de Iturbide, para que las provincias de Centro - América se unieran a Méjico, saliendo por consiguiente de una tutela para entrar en otra más vergonzosa tal vez.

Cuando Llerena se despedía de Lorenza, protestándole una vez más su cariño inmenso y llorando como un niño, ésta le dijo:

— Jorge, si he de hablarte con franqueza, te diré — que no me eres indiferente; pero aunque me juzgues extravagante, prefiero que mi mano pertenezca a un soldado de la Fede-

ración centroamericana y no a un Teniente, que según sé, consentirá en el nuevo tutelaje que los *nobles* guatemaltecos quieren imponerle a mi Patria.

Centro-América se encuentra envuelta en una atmósfera de plomo que amenaza una tempestad de balas, que ese Teniente que tú conoces, se lance en pos de su integridad, que estoy segura que no encontrará la muerte, sino la gloria que compartirá con.

— Lorenza!

— Sí, con Lorenza Cisneros.

— Pues bien, yo te juro que en mí tendrá un enemigo irreconciliable esa idea menguada, y que si se pone en práctica no será porque mi espada se haya desenvainado para sostenerla. Sé muy bien que mi padre echará de menos en sus pulmones los aires aristócratas; pero yo que pertenezco a este siglo, no puedo menos que abogar por la libertad, cuya imagen seductora la encuentro personificada en la arrogante cuscatleca Lorenza Cisneros!

— Pero. . . si tu padre te exige, tal vez lo secundes.

— No, Lorenza, no seré yo quien lo secunde, y si no lo sabes, te diré que mi consejero en estos tiempos en que las ideas se chocan, en que las

pasiones se exaltan, en que las bajas ambiciones presentan su descarnada faz; en estos tiempos en que el ideal de la Patria agita los corazones, aunque de diferente manera, mi único consejero, repito, es el doctor Matias Delgado, hombre que para mí está sobre toda esa turba que se revuelve allende el Paz, en pos de una nueva y enervante tutela, que no será ella por cierto quien la soporte, sino el pobre y miserable pueblo.

— Bien, Jorge, siendo así, cuenta con mi cariño y con mi mano; pero ¡ay, si llegas a engañarme! Si sé que formas en las filas anexionistas empuñaré las armas de la venganza. Bien sabes que cuando las maneja una mujer, son — “mortales, terribles y fatales” — como ha dicho nuestro poeta Alvarez Castro.

El doctor Delgado, grandiosa figura centroamericana, el hombre predestinado por Dios para velar por la ventura de estos pueblos, no dudo que guiará tus pasos en el sentido de que redunden en bien y provecho de la Patria.

— Sí, Lorenza, él y no otro lleva la antorcha para alumbrar la senda tortuosa que tenemos que recorrer; y no seguirlo en la cruzada de redención que generosamente ha em-

prendido, es tan solo de almas que se encuentran envueltas en la densa obscuridad del coloniaje, y la mía no es de esas.

—Marcha, pues, al llamamiento de tu padre y ojalá que la paz con que hoy nos despedimos, no se torne más tarde en odiosa y sangrienta guerra.

—No, Lorenza, no sucederá.

—Bien, Jorge, parte y en pos de tí irán mis caras afecciones.

—Que no vivirán sino en el santuario de mi pecho.

V

Ha pasado la cruzada anexionista, que gracias a la oportuna caída del General Iturbide, no se llevó a cabo.

Tenemos al Teniente Jorge Llerena convertido en Jefe superior de las fuerzas invasoras situadas en Mejicanos. En tal situación, hizo llegar, por medio de una india de nuestro vecino pueblo, una misiva a manos de Lorenza, pidiéndole una entrevista a solas y en su misma casa—“que a él como intrépido guerrero, no le arredraba la idea de estar entre enemigos, con tal de ver, por un momento siquiera, a su arrogante cusca-

tleca,” — decía la misiva entre otras cosas.

Lorenza, en cuyas venas hervía la indignación, pues ya sabía todo el mal proceder de Llerena, consintió en la tal cita, no para entregarse a esas dulces expansiones que el corazón enamorado experimenta en tales casos, sino para lanzar los rayos de su cólera contra aquel por quien se creía engañada.

Obtenida la favorable contestación, se dirigió el ya entonces Coronel Llerena, acompañado de su ayudante, a la morada de Lorenza, donde ésta lo esperaba terrible y airada, causando un desconcierto en el ánimo del Coronel invasor, la imponente aptitud en que encontró a la que él pensaba hallar con los brazos abiertos para recibirlo.

Sin esperar a que el militar se repusiera, dijo Lorenza:

—Conste que le he concedido una cita a uno de mis mayores enemigos.

—¿Enemigos, decís? Los peligros que he corrido por llegar hasta aquí, no merecen tal recibimiento, ni tampoco que me trates de enemigo.

—¿Y cómo debo recibir al que nos asedia día y noche, esperando el momento oportuno para beberse nuestra sangre?

—Lorenza, circunstancias . . . más ó menos. . . .

—No, señor Llerena, ha faltado Ud. Cuando marchó a Guatemala, quedé pensando en la buena fé de las palabras que con tanta vehemencia pronunció en los momentos de partir, y francamente, la duda que desde entonces me acompañó, hoy la veo confirmada.

—Lorenza! . . . Dios sabe que. . .

—Aguarde, no mezcle a Dios en las miserias y vulgaridades de los hombres. Digo que hoy veo confirmada la duda, y no es así, pues antes de ahora estaba satisfecha de que Ud. jamás cumplió sus promesas de patriota, porque, pasando sobre la sinceridad de su palabra, al llegar a Guatemala ingresó a las filas encargadas de sojuzgarnos. Gracias a la justicia que nos asiste, sufrieron la más humillante derrota en los alrededores de nuestro soberbio barrio del Calvario, cuando venían al mando de Arzú, a poner en práctica su temerario intento.

—Lorenza, por Dios, óyeme.

—En tan apurado trance, se quejan a su amo Iturbide, pues se consideraban impotentes para uncirnos al carro de la ignominia y vuelven con un puñado de aventureros, man-

dados por un tal Filísola; y Ud. sin el menor escrúpulo, formaba por segunda vez en las filas auxiliares, y llegan hasta aquí y celebran su triunfo sobre las cenizas de un cadáver, que no otra cosa parecía nuestra Provincia. ¡Oh, cuánta hidalguía encierra el corazón de Ud., señor Llerena! ¿Cuál fue el motivo por qué Ud. no entró *triumfante*?, lo ignoro. Eso por lo que hace a la anexión, la cual, según su despedida, en Ud. tendría el más encarnizado enemigo. Y a pesar de su triunfo, por qué no se presentó Ud. entonces a pedirme el cumplimiento de mi promesa?

—Tranquiliza tu ánimo, Lorenza y escucha.

—Nada! Pasado algún tiempo para nosotras de congojas y amargas, se *luce* Ud. en los campos de Arrazola, donde, según sé, lo ascendieron a Coronel por su *denuedo* y *arrojo* al atacar el suelo en donde vió la luz primera la «arrogante cuscatleca»; y para llegar al colmo de la deslealtad, ha tomado Ud. parte en las conferencias de la casa de Esquivel, que para muchos no pueden ser más humillantes; pero sepa, y óigalo bien, el tratado surgido de esas pláticas, será la perdición del numeroso ejército que se encuentra a las puertas de

nuestras moradas, y en el cual forma Ud., según me dicen, como segundo jefe, para mengua de su palabra y aumentar el *brillo* de sus galones tan *dignamente* ganados. Si esto lo repito ahora, es para recordarle su promesa de no hacer armas nunca contra mi tierra desdichada.

Lorenza, en el colmo de la cólera suprema que sufría, estaba arrogante, deslumbradora, terriblemente hermosa. Los rayos candentes que despedían sus ojos, herían de una manera mortal, y por consiguiente, le era imposible al Coronel Llerena sostener aquella mirada de fuego.

En vano buscaba Jorge una contestación que lo sacara del apuro, en el azul raso de la habitación donde se hallaban; al fin pudo balbucear con acento de dolor, pues como verán después nuestros lectores, hasta cierto punto, era inocente.

—Lorenza, es que tú ignoras los deberes del soldado. El hombre que a tal carrera se dedica, no es dueño de su voluntad, teniendo por consiguiente que acatar los mandatos del superior, sin objetar la menor palabra.

—Y entonces, señor Coronel, porqué me empeñó la suya cuando violentamente fue llamado a Guatemala? ¡Insensata! Yo creí encontrar en U,

el hombre capaz de contrarrestar con las ridículas exigencias del pasado, y veo ¡pobre de mí! que allá en la tierra de U., nada les importa la sangre de los pueblos, la aridez de los campos y la orfandad de las familias, con tal de que sus mutilados pergaminos no se conviertan en leyes ante las cuales se vengán abajo la aristocracia del dinero y la risible nobleza de la sangre, que por cierto y por más que hagan, ya la tienen en descomposición. ¡Ah! . . . ¡Qué vergüenza! . . . y con tan *honrosos antecedentes*, viene U. a recordarme el cumplimiento de un compromiso que si lo contraje, fue con la condición precisa de que si no la defendía, tampoco se pusiera en contra de esta tierra infeliz? ¡Parece mentira que haya hombres que empiezan a vivir y ya tengan el alma corrompida!

—¡Lorenza! esas hirientes frases lanzadas a la cara de un militar de honor, puede que resulten muy caras, pues no ignoras las ventajas obtenidas por el ejército a que pertenezco; puedes, por consiguiente, moderar tu temeraria altivez.

—En mis manos tengo la vida del Coronel Jorge Llerena, por consiguiente, nada me importan sus locas amenazas, y para probarle el desprecio

que me inspiran, le diré que puede marcharse a seguir el asedio de nuestras moradas, que hoy o mañana todo habrá cambiado y entonces ¡adiós ilusiones de grandeza!

Comprendiendo el Coronel Llerena que en realidad se encontraba entre enemigos, pues bastaba que Lorenza denunciara su estancia en aquel lugar, para que cayeran sobre él, empleó un tono distinto al de las amenazas y repuso:

—Yo creo, Lorenza, que cuando hayas comprendido el móvil que me guía en la presente contienda, no te mostrarás tan severa.

—Sea cual fuere, no quiero saberlo, pues lo único que se destaca ante mis ojos es el hombre vulgar, ambicioso y sin palabra.

—Basta, Lorenza, hemos concluido.

—Sí, ha concluido la promesa de unión que en hora infausta pronunciaron mis labios; pero Lorenza Cisneros no ha concluido de echarle en cara al *noble* Jorge Llerena su conducta incorrecta. Como *noble* que es, quizá ha soñado con algún *condado*, o por lo menos con alguna *baronía*; pero tengo para mí, señor Llerena, que no alcanzará U. á darse los aires de Sancho Panza, a pesar de abundar en la tierra de U. los quijotes,

pues ya repercute en mis oídos la hora en que estallarán las eternas venganzas, y entonces ¡ay de los magnates y nobletes!

Creo haber concluído, Coronel Llerena, y no extrañe que de sitiador se convierta en sitiado!

Anonadado por la imponencia del tono y confuso ante la arrogante figura de Lorenza, no pudiendo defenderse de los cargos tan rudamente lanzados por una débil mujer contra su conducta, Llerena no hizo más que tomar su sombrero de campaña que estaba en un sillón y balbucear con acento trémulo:

—Lorenza, repito que hemos concluído, y abandonó el salón donde momentos antes había entrado creyéndose un conquistador

Nuestros lectores recordarán que al principio de esta humilde narración el Coronel Llerena dijo a su ayudante — silencio, que vengo con la sangre hirviendo — y a la verdad que no podía ser de otra manera, después de la entrevista tenida con Lorenza y en la cual la arrogante cuscatleca le había azotado el rostro con el látigo de la indignación.

VI

Las conferencias de paz celebradas en la casa de Esquivel, fueron como el botafuego que encendió más y más la llama del amor a la patria en el pecho de sus defensores.

La alegría del triunfo se dibujó en los semblantes.

El abatimiento de los días anteriores se tornó en general animación y por doquiera se cruzaban grupos de patriotas dispuestos a morir, antes que dejar que los invasores pisaran nuestra plaza.

La casa de Esquivel fue incendiada y los patriotas juraron sobre sus cenizas, abonar con su sangre el suelo que los alimentaba, antes que aceptar el oprobio que en su recinto se había pactado!

En la morada del Jefe del Estado se combinaba el plan que debía dar por resultado el contrasitio de las fuerzas invasoras.

Lorenza había dicho:

—El tratado dice que las tropas situadas en Mejicanos entrarán triunfantes a nuestra capital; pero en la mente del principal personaje (Delgado) que ha tomado parte en ese pacto, se desarrolla un drama terri-

ble cuyo desenlace será de eterno baldón para ese ejército que nos amenaza.

Y así fué: pocos días pasaron, y después de librarse sangrientos combates en los pueblos de Mejicanos, Aculhuaca, Agua Escondida, Ayutuxtepeque y otros puntos, en los cuales «Pren y Angulo se llenaron de gloria» quedó contrasitiado el ejército guatemalteco, viéndose obligado con tal motivo, a capitular y entregarse incondicionalmente a nuestras autoridades.

He allí confirmado lo que Lorenza dijo al Coronel Llerena: *Ese tratado será la perdición de ese numeroso ejército.* Porque a la verdad, Lorenza no creía que el doctor Delgado fuera, ni por un momento, cooperador en la humillación de la patria; él en cuyo cerebro había hecho germinar la Providencia las grandiosas ideas de paz y libertad, que pondrían a esta patria a la vanguardia de los pueblos cultos, ¿cómo iba a ser posible que lo guiara un sentimiento bastardo al *aceptar* el pacto celebrado en la histórica casa de Esquivel? ¿Cómo iba a ser posible que consintiera en el envilecimiento de esta tierra, quien poco antes había dicho en un precioso documento: «Pero si en mi mano estuviera la dicha de mis compatrio-

tas, como párroco y como ministro del Dios de paz, no les ofrecería por paz el silencio y la quietud que produce el sufrimiento y los clamores sofocados por la opresión.» No, mil veces.

¡Bien haya aquel ilustre sacerdote que sin olvidarse nunca de su misión espiritual, puso toda su energía al servicio de este pueblo azotado tantas veces por el egoísmo y la ambición de muchos de sus hijos!

Cuando Lorenza tuvo conocimiento de las bases en que se fundaba la paz, dijo: Esas bases, para muchos oprobiosas, serán nuestro triunfo y triunfaremos

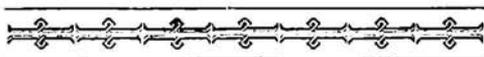
En todos los tiempos y lugares ha habido mujeres cuyo espíritu superior, las ha hecho ver claro en las nebulosidades del porvenir. A este número pertenecía Lorenza, es por eso que nunca le dió una interpretación torcida a los actos del doctor Delgado.

Mientras otros ponían en tela de juicio la conducta del ilustre prócer, ella con su claro criterio, sacó en evidencia que aquel empleaba medios contraproducentes, puede decirse, para alcanzar la dicha, la gloria, el bienestar, el triunfo, en una palabra, del pueblo por cuyos intereses velaba.

Habiéndose, pues, tornado el ejército que nos asediaba de vencedor en vencido, tuvieron que entrar prisioneros de guerra a nuestra capital, pocos días después de la capitulación en Mejicanos, su General y plana mayor, viéndose allí, en medio de los jefes principales, la abatida figura de Jorge Llerena, prisionero también, aunque en su semblante no se notaba pena por la prisión sino por otra causa más profunda

¡Cosa rara! Cuando la falanje prisionera pasó frente a los balcones de la casa que habitaba Lorenza, ésta no pudo contener dos lágrimas cristalinas que resbalaron por sus mejillas, hasta perderse en el marmóreo seno de la arrogante cuscatleca.





SEGUNDA PARTE

I

El odio y la saña para los caídos de que se hace uso en estos tiempos, eran desconocidos en aquéllos, a lo menos entre nosotros.

Hoy, a un prisionero de guerra, cuando más bien le va, le echan un lazo al pescuezo y lo cuelgan del primer árbol que se encuentra al paso, para ejemplo— dicen— y en donde pronto es devorado por las aves de rapiña; pero no nos adelantemos.

Los individuos de tropa que cayeron prisioneros con motivo de la capitulación de Mejicanos, fueron puestos inmediatamente en absoluta libertad, regresando a su patria sin haber sufrido la más pequeña hostilidad de nuestras autoridades militares, mucho menos de los particulares, pues tanto

aquéllas como éstos estaban muy lejos de ensañarse contra ninguno de los que formaban en las filas enemigas, no obstante que habían venido cometiendo actos de verdadero salvajismo, desde que triunfaron de nuestro pequeño ejército en el combate dado por el General Merino en los campos de Chalchuapa, y de cuyos atropellos y salvajismo da testimonio el siguiente párrafo de un documento a cuyo pie se encuentra la firma de José Matías Delgado y que dirigió al jefe anexionista, poco antes del sitio de Mejicanos:

“Doy a US. gracias (a Filisola) por haber puesto en libertad a los presos hechos en Quezaltepeque, y me es sensible como a US. *la sangre derramada de los infelices que no pasaron a hostilizar a aquel pueblo, sino a recoger algunos víveres para el mantenimiento de los vecinos de él que se hallan en esta ciudad, los cuales fueron MUERTOS estando SIN ARMAS y dispersos, y cuyo delito era ser HIJOS DE SAN SALVADOR*”

Pero si a los soldados se les liberó inmediatamente de haber caído bajo la acción de las autoridades, no era posible hacer lo mismo con los jefes, quienes, aunque obedecían a un superior, no dejaban de comprender

que la guerra que Guatemala nos hacía, era a todas luces injusta (como todas las posteriores).

Había, pues, que seguir los dilatados trámites de un sumario militar, el cual pondría en evidencia la majestad de nuestras leyes y la rectitud de los encargados de llevar en sus manos el fiel de la balanza, que en ningún tiempo como aquel sus platicos se inclinaron jamás al peso de las injusticias.

Con tales antecedentes, no se extrañará que los jefes prisioneros, entre los cuales figuraba el Coronel Jorge Llerena, fueran tratados con la mayor delicadeza y atenciones, siendo así que el Jefe del Estado no veía en ellos, sino a hermanos, hijos de una misma madre—Centro-América,— que en un momento de ofuscación, se habían rebelado contra ella, impulsados tal vez por los Caines que nunca faltan en el seno de las familias, principalmente si éstas son numerosas.

Confiados, pues, en que nunca saldría del tribunal que los juzgaba un fallo que les fuera adverso, vivían contentos y felices hasta donde el recuerdo de la patria ausente se los permitía, inquietándoles tan sólo el retraimiento del Coronel Llerena, quien se mostraba con una reserva absoluta

y a quien veían decaer paulatinamente, sin explicarse la causa.

Nada valía para sacarlo del melancólico mutismo en que se encerró inmediatamente después del desastre de Mejicanos. Cuando sus compañeros le interrogaban respondía — “que más le hubiera valido caer atravesado por las balas enemigas, que así no sufriría el tormento que lo agobiaba, no por la libertad perdida, sino por otra causa mucho más grave, que se veía obligado a no confiar a nadie a pesar suyo”. Sus compañeros, que nada sacaban con sus preguntas, resolvieron abandonarlo a sus solitarias reflexiones.

II

— No, esto es horrible. Ninguna de las comodidades que se me brindan en esta prisión, alcanza a mitigar un momento siquiera, la tortura moral que sufro desde aquella noche fatal, y hoy que a solas me he juzgado yo mismo y al no encontrar en mi conciencia un acto que me humille, me es más doloroso que Lorenza crea que me ha guiado alguna vez el espíritu de la ambición.

¡Y pensar que todo se ha perdido, pues en Lorenza domina la creencia absurda de que es voluble mi palabra!

¡Ah, si tuviera valor para . . . además en esta prisión no se encuentra ni una aguja.

Así se expresaba el Coronel Llerena, sentado a la sombra de un árbol que crecía en el patio de la prisión, y en cuyo lugar se consideraba separado de sus compañeros, cuando oyó una voz que le dijo:

— Yo creo, mi Coronel, que no todo se ha perdido y que las circunstancias que nos rodean (a lo menos a vos) no son para tomar una resolución desesperada, que para eso tiempo queda.

— Siempre eres tú el que me ha de importunar.

— Sí, mi Coronel, repuso su antiguo ayudante, pues no era otro el que había sorprendido a Llerena en su monólogo, y era tal el abatimiento en que vivía el Coronel, que hasta en aquel momento se fijó que su ayudante estaba prisionero también.

— Y tú crees que el tal Consejo de Guerra, que no tardarán en formarnos, es el que me hace desesperar? Pues si tal cosa piensas eres un imbécil, pues yo jamás temblé ante las amenazas!

— Harto comprendo que no es el fallo del Consejo de Guerra el que ani-

quila el ánimo de mi Coronel, sino otra cosa que nunca me atreveré a pronunciar sin su consentimiento.

— ¿Y de dónde sacas tú que no es el fallo el que me tiene inquieto?

— Ya dije que no hablaré sin vuestro consentimiento.

— Habla, pues, pero pronto y claro.

— Bien, mi Coronel, habéis de saber que yo no solamente he estudiado la táctica militar, que nos guía en los combates guerreros, sino también otra que ponemos en práctica en combates distintos al de las balas.

— Y dirás, con mil demonios, qué clase de táctica es esa?

— La amorosa.

— Y bien?

— Que mis conocimientos en esa materia me han puesto sobre la pista, o mejor dicho, me han descubierto el motivo de vuestros sufrimientos.

— Que por cierto a nadie se lo he comunicado.

— Pero aun así, yo lo he comprendido.

— A la verdad que no me explico de donde sacas tú tales cosas.

— Mi Coronel, sois bastante joven y por consiguiente no tenéis los alcances de este viejo soldado. ¿Creéis que se me ocultó el objeto de vuestra venida del campamento de Mejicanos

al interior de la capital, en aquella noche en que pasé más sustos que un condenado? ¿Creéis que no deduje nada del áspero tono con que me tratásteis (al principio) después de la entrevista que tuvisteis en la casa aquélla y que ahora caigo quién es el dueño? Supongo que no me consideraréis tan cándido para no traslucir el objeto de aquella imprudente excursión, en la que, sin mucho trabajo, pudimos *estacar el cuero*.

— Y con eso me querrás decir que has descubierto el motivo de mi abatimiento?

— Sí, por cierto. Allí en la casa donde estuvisteis aquella noche, para mí memorable, por los mil sustos que pasé, existe una gentil *guanaquita*, que es por cierto la que causa vuestro malestar presente.

— Y tú, ¿cómo sabes que es ella la causa de mi malestar?

— Dígame mi Coronel, ¿para qué sirven los ojos?

— Para ver, estúpido.

— Pues bien, a pesar de mi estupidez, he visto una cosa.

— Pero, canalla, dirás lo que has visto?

— He visto a esa bella *guanaca* derramar lágrimas al tiempo que pasábamos prisioneros bajo los balcones

de su casa, y como esa casa es la misma donde vos te

El Coronel no dejó que su ayudante concluyera la frase, pues se lanzó en sus brazos, exclamando:

— ¡Ah, Serapio, (hasta hoy sabemos el nombre del Capitán, ayudante de Jorge) si eso fuera cierto!

— Tan cierto como el Consejo de Guerra que no tardarán en formarnos.

— Ah, y cuánto me pesa la severidad con que te he tratado! Tus palabras vienen a iluminar la lobreguez de mi espíritu!

— No hay cuidado por esa severidad, pues ya sabe mi Coronel que estoy hecho a prueba de

— Calla, y hoy no espero sino vuestros consejos, pues veo que eres un hombre a quien debo pedirlos.

— Pues yo no veo más remedio que escribir una carta a la morena esa.

— Y quién puede ser el portador?

— Nada menos que el que trae vuestros alimentos, y que no vienen de otra casa sino de la del Jefe del Estado, o sea de la casa aquélla, y que por cierto el tal mandadero me ha contado muchas cosas.

— ¡Que me vienen los alimentos de casa del señor Cisneros! ¡Y hasta ahora me lo dices!

— Esperaba la oportunidad.

— Gracias, mi buen Serapio, por esa fausta noticia. En ese caso es ella?

— Sí, señor, ella misma.

— Oh, y cuánto bien me haces. Bien, escribiré esa carta.

— Pero ha de ser. . . .

— Sí, ya comprendo. Ha de ser una relación exacta de todo lo que me ha sucedido desde el momento en que marché a Guatemala; por supuesto que no habrá esos quejidos de enamorados en ciernes.

— Corriente. Estamos de acuerdo.

III

“Prisión del Estado — 1828.

A media noche.

Lorenza: antes de todo, te suplico no arrojes este papel con el desprecio con que me arrojaste a mí de tu casa, antes de haber pasado tus ojos por la última línea que contiene.

La energía moral que desplegaste en mi contra (sin merecerlo) en aquella noche dolorosa, me hace escribir esta carta que ignoro cuál será la impresión que cause en tu ánimo su lectura; sea cual fuere, te diré que aún

zumba en mis oídos, más aterrador que la metralla, el acento de huracán con que me lanzaste al rostro la manera engañosa, con que según tu criterio, me he portado, al tomar las armas contra tu querida tierra. En los arrebatos de tu ira, Lorenza, no dejaste que hablara la menor palabra en defensa de mi proceder observado desde el día en que marché a mi patria.

Hoy, que quizá ya estés tranquila al tenernos prisioneros, te diré que jamás se han abrigado en mi alma sentimientos de los cuales pueda arrepentirme con el transcurso del tiempo, mucho menos el de ambicioso, como tú me crees.

A pesar de la inexperiencia inherente a mi juventud, creo no haber faltado ni un momento siquiera a los preceptos del honor. Me explicaré:

Cuando llegué a Guatemala, lo primero que hizo mi padre fue señalarme el puesto que según él, me correspondía en las filas del ejército que al efecto se preparaba para invadir el territorio salvadoreño. Yo, fundado en la promesa que te hice cuando me despedí de tí, le dije poco más o menos estas palabras:

“Padre mío, mándeme Ud. si es posible al fin del mundo en busca de

la piedra filosofal; mas no me imponga el sacrificio de marchar a sojuzgar una tierra en donde el sol de la libertad brilla más que en ninguna otra”.

Tal le contesté, mi bella Lorenza; pero él, aferrado a sus ideas legendarias, que según su opinión son y serán las que encierran la felicidad de los pueblos, me contestó, en el colmo de la furia:

—Ya sé que vienes de El Salvador y por consiguiente los *utopistas guanacos* te han contagiado, principalmente ese eterno agitador de Matías Delgado; pero como yo soy el que mando, ya nos entenderemos.

Esas son, Lorenza, las expresiones que respondió mi padre, a la vez que me dejaba plantado en el fondo de la estancia donde nos encontrábamos.

Al día siguiente, fui llamado al cuartel a que pertenecía, de donde no salí sino para marchar con mi batallón y en calidad de prisionero; eso sí ocupando mi puesto.

En el campo del Espinal me batí de una manera desesperada por ver si encontraba la muerte, pues ya suponía tu desprecio, sin merecerlo, por cierto; pero el destino me tenía reservados otros sufrimientos y no morí.

Cuando Guatemala mandó con nuevas fuerzas al Coronel Arzú sobre tu

patria, yo quedaba prisionero en la mía por mis tendencias en contra de la anexión mejicana.

Puesto en libertad, acompañé a Filísola, con el mismo propósito de encontrar la muerte al frente de la filas salvadoreñas, pues, ¡cobarde! nunca tuve valor de dármele yo mismo, y tampoco pude tener el consuelo de morir a manos de tus paisanos.

Viendo, pues, que el descanso eterno aún no llegaba para mí, tomé parte en la última contienda, cuyo desenlace harto conoces, y es aquí, por cierto, donde está mi mejor defensa, pues si me ceñí la espada no fue para verter sangre sino con el propósito de llegar hasta tí, bella tirana, como al fin llegué, y justificar mi conducta anterior con lo que llevo dicho en esta carta demasiado larga ya. Pero cuando creí llegado el momento feliz de aquella justificación, fue para que me condenaras sin querer escuchar la menor palabra de mis labios.

Esta es la historia, Lorenza, del tiempo acá de nuestra despedida.

No pienso volver a mi patria, sea cual fuere la suerte que me toque y que nacerá por cierto de mi situación presente; yo esperaré tranquilo el fallo de esa suerte, contando y sabiendo antes, que tú me has absuelto de los

tremendos cargos que sin compasión ninguna me lanzaste al rostro en aquella tristísima y dolorosa noche en que rebosó la copa de licor amargo que ha tiempo saborea tu prisionero.

Jorge Llerena.”

IV

El corazón de Lorenza era de aquellos que están prontos a perdonar al desgraciado que cae en la sima del delito, empujado tal vez por fuerza superior.

La carta de Jorge, en la cual nuestra cuscatleca no encontró esas frases empalagosas tan comunes en los enamorados de nuestros tiempos, sino una declaración clara y sincera, escrita con la rectitud de un hombre que trata de justificarse sin que por eso espere la absolución, causó lo que el Coronel tuvo en mira al escribirla; esto es, conmover el corazón y predisponer, en su favor, el ánimo de Lorenza. Por otra parte, ella no había dejado de pensar en el apuesto militar, doliéndole el alma que un hombre de las cualidades físicas de Llerena, no tuviera las prendas mora-

les que ella ambicionaba para poder cruzar con él el revuelto mar de la vida.

No sólo por una, sino por muchas veces, leyó los conceptos de la carta, y al recorrer sus líneas se le presentaba la figura del padre de Jorge en obstinación ridícula, imponiendo al joven sus *deberes* de padre; y otras, consideraba la lucha moral que el pobre Jorge sostendría en su interior al querer romper las *nobles ligaduras* que con el pasado unían a su familia, pues don Sóstenes (tal era el nombre del padre de Jorge) se ahogaba al sólo pensar que la nobleza se fundiera al calor de la libertad!

Por otra parte, el viejo Llerena (y aquí creo que se equivocaba como en todo lo que entonces sucedía con relación a la política) creía, en su rancio candor, que al pertenecer nuestras provincias a Méjico, continuaría luciendo su ya oxidado escudo, símbolo de su *noble abolengo*. Es por eso que hizo que Jorge, en calidad de prisionero, formara en las *filas redentoras*, como decía, y que venían a sacarnos del *gravísimo error* en que estábamos al querer ser absolutamente libres.

La lucha anexionista se emprendió, siendo el prólogo de ella la derrota de Abas Padilla, que mandaba las

fuerzas guatemaltecas en el campo del Espinal, por el General salvadoreño Manuel J. Arce, donde, según hemos visto, Jorge se batió de una manera desesperada, pero no por llegar a la cumbre de la gloria, sino por encontrar la muerte, pues ya suponía el concepto que Lorenza se formaría de él.

Derrotado por segunda vez el ejército guatemalteco, pidió auxilio á Méjico, logrando así internarse en nuestro territorio hasta entrar a la capital, donde Filísola levantó el acta de incorporación al Imperio mejicano.

La Providencia que vela por los débiles, que son a quienes casi siempre acompaña la razón y la justicia, salvó a Centro - América de aquel oprobio, que para los nobles guatemaltecos significaba la salvación de sus *fueros y derechos*.

Lorenza, como dijimos antes, leyó varias veces la carta de Llerena al impulso de sentimientos contrarios; pero el que más la dominaba era el de la Patria, atacada por aquel a quien le había entregado su corazón. Es por esto que estudiaba hasta la última frase de la misiva, para encontrar allí la deseada justificación de Jorge, porque — para decirlo de una vez — la imagen del Coronel, vivía en el pecho de Lorenza.

Es justo que le conteste — dijo por fin — para mitigar un tanto su amargura, pues el corazón me dice que todo lo consignado en esta esquela es la verdad, y tomó la pluma.

“Al Coronel Jorge Llerena.

En su prisión.

Sin dejar correr mucho la pluma, te diré, Jorge, que aún sentía, en el momento de recibir tu carta, arder la llama de la indignación en el fondo de mi alma. No creas tampoco que ese fuego se ha extinguido por completo; lo que sí te diré es que ha disminuído un tanto. La línea de conducta que sigas, se encargará de consumirlo.

Yo no sé por qué me inspira una repulsión viva la nobleza a que tú perteneces; es por eso que (tal vez me equivoque) en mi patria jamás sentará sus reales, y puede que de ello estés convencido ya por las lecciones recibidas.

La dureza con que te traté aquella noche se disculpa por la impresión del momento; mas hoy me pesa haber te tratado así, pues fuiste forzado a seguir una conducta distinta de

la que me ofreciste, según los conceptos de tu carta, que para tu consuelo, los creo verdaderos.

Las puertas de tu prisión, según he oído decir a mi padre, no tardarán en abrirse para tí y todos tus demás compañeros, pues el doctor Delgado trabaja con tal objeto. Cuando ese día llegue, y echando un velo sobre el pasado, me alegraré mucho *por lo que pueda suceder*, mientras tanto, ansiosa espera ese momento.

Lorenza.''

V

Ni el ánimo del Jefe del Estado, ni la actitud del pueblo salvadoreño, habían estado ni un momento siquiera, en contra de los prisioneros, como se ha dicho ya; por consiguiente, el fallo del Consejo de Guerra de Oficiales Generales les fue en un todo favorable.

Aprobada por el Supremo Jefe la sentencia que absolvía a los reos de toda responsabilidad, fueron puestos inmediatamente en libertad, sin reserva ninguna.

El Coronel Jorge Llerena, firme en su propósito de no volver a su patria,

no por rencor a ella, sino por estar en pugna con los principios vetustos que sustentaba su padre, se estableció en la capital de nuestro Estado, de una manera definitiva.

Poco tiempo después Jorge visitaba a las principales familias, siendo una de ellas la del Jefe del Estado, gracias a las recomendaciones del doctor Delgado y a la fina educación del joven Coronel.

Varias veces le ofrecieron a Llerena el ingreso al ejército salvadoreño, pero él no había querido aceptar, sin embargo de la agitación en que vivía Centro-América; pero no tardaría en ser vencida la resistencia de nuestro Coronel por las tiernas súplicas y las dulces exigencias de Lorenza, con quien se había reconciliado ya, y oído de sus labios la absolución de su falta; por consiguiente, el afortunado Coronel ocupaba otra vez el corazón de Lorenza, pues nuestra joven no era como muchas de hoy día, que se conquistan un novio cada noche de baile, y por último van al pié del Ara con aquel que menos piensan.

Lorenza, al no reconciliarse con Jorge, jamás hubiera consentido en dar su mano a otro, como se verá más adelante, pues no era de las que creen que las mujeres deben casarse única-

mente por cumplir un deber social, o al menos por tener marido, sino también para que el alma goce de las dulzuras y ternezas del hogar. Lo demás, para ella, eran conveniencias que estaba muy lejos de aceptar. Es por esto que decimos que no se hubiera unido a otro hombre que no fuera Llerena, en quien su tierno corazón de doncella había encontrado la urna donde depositar su esencia.

VI

Antes de pasar adelante debemos decir, que el señor Cisneros, aunque había aceptado en sus salones al Coronel Llerena, ignoraba todo lo que había sucedido y a la vez sucedía entre su hija y el apuesto Coronel.

— Esta situación no puede prolongarse — dijo Jorge una noche de tertulia a Lorenza — y siendo que a tus ojos soy el mismo Teniente a quien consagraste tus tiernas afecciones, hoy mismo diré a nuestro amigo el doctor Delgado, que pida tu mano al señor Cisneros para el Teniente Jorge Llerena, regenerado ya, una y mil veces, de las ideas que, en momentos de arrebato, le atribuyó la tirana Lorenza.

— Estoy enteramente de acuerdo en la elección hecha en el doctor Delgado para que nos sirva de embajador; pero para darle los poderes que lo acrediten como tal, creo no ha llegado la hora todavía.

— Lorenza, por Dios, nadie más que tú puede acelerar esa hora.

— Y también las peripecias de la guerra.

— No comprendo.

— Me explicaré. El General Morazán se encuentra en Occidente organizando los batallones con que se lanzará sobre Guatemala.

— Pero Lorenza, yo no puedo combatir a mi patria!

— No es a tu patria, Jorge, a la que vas a combatir, sino a las ideas rancias que allí germinan, sustentadas por el espíritu de dominación.

— Tampoco pertenezco al ejército salvadoreño.

— Pero eso es muy fácil de conseguir, pues muchas veces te han instado para que formes en sus filas.

— Lorenza, me pides un imposible.

— En ese caso, todo será imposible entre los dos.

— ¡Ah, no, mi bella cuscatleca; yo pasaré sobre el cadáver de los míos con tal de vivir día y noche contemplando a mi amada Lorenza!

— En ese caso.

— Hoy mismo diré a tu padre que poderosas razones me hacen variar de conducta, y que al momento marché a ponerme bajo las órdenes del General Morazán.

— Y cuando vuelvas, mi querido Jorge, puede el padre Delgado pedir mi mano a mi padre para el Coronel Jorge Llerena, que creo no le será negada.

— Bien, y Dios quiera que la primera noche que nos veamos, después de mi vuelta, no sea como aquella para mí de dolor y amargura, porque en ese caso, más me valdría quedar en el campo de batalla.

— No, Jorge, no será así. y con un mohín encantador, puso su suavísima mano sobre los labios del Coronel, cuyo aroma lo acompañó en los combates de las Charcas y San Miguelito.

La vida azarosa de la guerra alteró la salud de nuestro Coronel, viéndose obligado a regresar a San Salvador, mientras tanto Morazán entraba triunfante a la capital guatemalteca.

La prueba a que Lorenza sometió a Jorge, no podía ser más terminante, pues nuestros vecinos de Occidente jamás consideraron a Centro - América como a la Patria común; y esto que

decimos lo confirma el haber quedado en las calles guatemaltecas los girones de la Federación centroamericana. Jorge, pues, se resistía a tomar las armas en contra su patria, porque al hacerlo, repetimos, creía cometer gravísimo delito; siendo así que para él la patria se circunscribía al suelo donde nació; pero cuando Lorenza le dijo que no iba a combatir personas sino principios, nuestro joven militar juzgó que la razón no podía ser más lógica, y por consiguiente, más tarde, no me-
recería el dictado de traidor; por otra parte, ya no se creía como miembro del ejército guatemalteco sino como soldado federal dispuesto a defender la idea de la Unión Centroamericana...

VII

Hay que tomar en cuenta — decía el doctor Delgado al señor Cisneros — no sólo el amor que Jorge y Lorenza se profesan, que por cierto no puede ser más profundo, sino que en el joven Coronel tenemos un aliado poderoso contra la nobleza guatemalteca, que, como Ud. sabe, constantemente nos amenaza. Tengo para mí que con Morazán y Llerena, cimentaremos

la Federación Centroamericana, que siendo para los guatemaltecos la hoguera candente donde arderá para siempre su dominio absoluto, no pierden la ocasión ni abandonan la idea de extinguirla.

— En ese caso, Ud. opina?

— Por unir a nuestros jóvenes con los lazos indisolubles del matrimonio.

— Entonces, doctor, doy mi consentimiento y lo faculto a Ud. para que obre en mi nombre como mejor le parezca.

— Convenidos. Lorenza será la esposa de Jorge y Jorge será el poderoso centinela que vele porque las nuevas instituciones se afiancen y florezcan en nuestra tierra.

Por este tiempo, nuestro joven Coronel, ya se encontraba repuesto de las alteraciones sufridas en su salud en los mortíferos campos de San Miguelito y las Charcas, dedicándose, por consiguiente, al arreglo de todo lo que se refería a su enlace con la que, desde un principio, llamó su arrogante cuscatleca, pues ya el doctor Delgado le había dicho tener el pleno consentimiento del señor Cisneros para que cuanto antes se celebrara su unión con Lorenza; pero ay! cuán lejos estaban nuestros jóvenes de presentir lo que la suerte les deparaba!

Centro-América, en aquel tiempo, semejaba a las encrespadas ondas del océano, o mejor dicho, las pasiones de los hombres exaltadas al impulso de la ambición, mantenían a este suelo infortunado en agitación y zozobra continuas.

Mucho he oído repetir a los hombres de la política que fue la forma de gobierno adoptada la que dió en tierra con la Unión de los Estados centroamericanos; mas en mi humilde entender, creo que todas las instituciones son más o menos buenas, pero que la maldad de los hombres es la que las hace aparecer contrarias a la vida de los pueblos donde se implantan.

Muchos ejemplos pudiera citar, pues aquí en esta mi tierra desgraciada hay. . . . pero me desvíó del asunto.

Decía que cuando Jorge y Lorenza creyeron llegar a la cima de sus aspiraciones, el demonio de la discordia asomó su desgreñada cabeza por el Oriente del Estado y el Comandante General de nuestro Ejército tuvo que marchar violentamente, en unión del ya entonces Brigadier Jorge Llerena, a castigar a los eternos perturbadores del orden.

Lorenza — dijo Jorge al marcharse — es necesario aplazar el día de nuestra

felicidad, ya que juré defender esta tierra. A mi vuelta de la presente campaña, que creo no será larga, no habrá obstáculo que se oponga a nuestra dicha; pero al estar en medio de las balas es fácil caer atravesado por ellas; júrame, pues, que si muero no serán de otro hombre tu corazón y tu alma.

— Vuela, Jorge, a castigar esa turba de miserables que se ha venido a interponer en el camino de nuestra dicha, y te juro que si mueres, el sudario que cubra tus despojos caerá sobre mi corazón, muerto también para los goces mundanales. Sabe, que si Dios no permite que seas mi esposo, tampoco consentiré en darle mi mano a otro; y si en esta vida de miserias no podemos ser felices, allá, en las celestiales esferas, gozarán nuestros espíritus en presencia del Bien Supremo.

Esas consoladoras palabras que Lorenza pronunció al marchar su prometido al Oriente del Estado, no fueron suficientes a desterrar la cruel melancolía que se apoderó de su ánimo, como que presintiera su alma delicada el desenlace fatal que tendrían sus amores.

VIII

Nuestro ejército se encuentra en línea de batalla; colocado como está en las mejores posiciones, no hace un sólo disparo sin que ruede, revolcándose en su sangre, un soldado enemigo.

Aquí se oye un lamento, allá una blasfemia.

Aquí se oye el estertor de agonía que se lleva el alma hecha pedazos, allá una maldición horrible que hace estremecer las entrañas de los que aún quedan en pié.

Aquí resuena el eco ronco de la carcajada histérica producida por la tensión de los nervios de los combatientes.

Allá se chocan y confunden las palpitantes entrañas convertidas en masa informe y nauseabunda de los que caen al recibir la caricia mortal de la metralla!

A poco de la tremenda carnicería, se oyó allá distante un estridente toque de clarín — era que el General en Jefe del ejército que nos invadía, comprendiendo su falsa posición — mandaba la retirada.

.

Todo era confusión en las filas enemigas. Nuestro General en Jefe, contemplaba en unión de Jorge, la vergonzosa huida de los invasores, cuando vibró en el espacio una detonación lejana, y al instante rodó el cuerpo de Jorge atravesado por una bala miserable y traidora, envidiosa quizá de la felicidad que en el semblante del joven General se retrataba.

El General en Jefe se lanzó sobre el cuerpo de su joven amigo en el colmo del dolor, quien no recogió del moribundo sino las siguientes palabras:

— General, suplico a Ud. decir a Lorenza, pues conoce nuestra historia, que no olvide su juramento, cuyo cumplimiento le exigiré allá en las eternas mansiones.

Tales fueron las últimas palabras del joven Brigadier Llerena.

El Jefe expedicionario mandó depositar el cadáver de Jorge en la Iglesia de un vecino pueblo donde, al siguiente día, fue enterrado con los honores de ordenanza.

Los soldados del ejército vencedor, que poco antes se entregaban al júbilo, al contemplar el tremendo descalabro sufrido por los invasores, fueron presa de la tristeza y el desconsuelo al saber que su querido jefe había caído en

el campo del honor para no levantarse más.

Cuando informamos a Lorenza de la ingrata nueva, ésta exclamó:—«Nunca pensé, ni en sueños siquiera, que la felicidad sea un hecho tangible para mí, al menos aquí en la tierra. La muerte de Jorge viene a tupir más el gélido crespón que ha tiempo cayó sobre mi alma y que no será descorrido sino hasta que nos juntemos en la mansión feliz.»





TERCERA PARTE

I

San Felipe, (*) antigua población perteneciente al Departamento de San Miguel, no figura en el catálogo de los pueblos progresistas, quizá por lo apartado que se encuentra de los principales centros donde el progreso y la industria se desarrollan en sus manifestaciones distintas.

Así como esa población, hay muchas en nuestra República, que viven una vida de atraso, abandonadas a sus propias fuerzas, que jamás se han robustecido con una mirada siquiera, de aquellos que pueden sacarlas del letargo en que yacen y ponerlas en

* La población en donde fué enterrado el cadáver de Llerena, existe, pero no con el nombre que hemos querido darle.

el sendero que conduce al bienestar moral y material de sus habitantes.

Ni en tiempos en que la metrópoli migueleña fue la Sultana de Oriente, prosperó la población de San Felipe, pues aquella, en su altivez soberana, no envió la más pequeña luz a la que bien pudiéramos llamar su satélite.

Hay, sin embargo, una fecha que hace que ese apartado lugar ocupe en la historia un determinado puesto, y es aquella en que nuestro ejército, con su valor y serenidad acostumbrados, aleccionó una vez más a los retrógrados y serviles, jurados y eternos enemigos de nuestro suelo, con la derrota sangrienta que les causó en los alrededores del mencionado pueblo de San Felipe.

En ese mismo combate, a pesar de que la victoria ciñó la frente de nuestros soldados con el laurel del triunfo, fue donde Jorge Llerena cayó envuelto en el gélido manto de la muerte, al golpe certero de una bala contraria.

Profundo pesar causó la desaparición eterna del joven General Llerena en todos los círculos sociales, principalmente en el ejército salvadoreño, pues veía hundirse en la nada a un jefe que no daba razón de los com-

bates solamente porque la brisa le llevara el olor de la pólvora y por el lejano retumbar de los cañones, sino porque en la oscura densidad de las refriegas, brillaba su espada triunfadora iluminando la frente de sus soldados. Pero todas esas muestras de dolor, todas esas expansiones del sentimiento, fueron pálidas ante la profunda tristeza de Lorenza, quien allá en el silencio de su hogar, y sin más compañía que un retrato de su joven muerto, vertía torrentes de lágrimas acerbas al ver los caprichosos giros de la suerte y al oír el hórrido zumbido de la carcajada del destino, derrumbando por completo sus sueños de ventura eterna!

Desde ese instante la vida para Lorenza fue dolorosa, amarga, sombría.

Las lágrimas! ¡Cuán dulces son cuando se vierten al impulso del dolor; pero no del dolor que el organismo destruye, sino de aquel que eleva y purifica el alma!

Tales eran las que Lorenza vertía en su estancia solícita!

Feliz de aquel que muere dejando aquí en la tierra un ángel, que en largas e interminables horas, haga subir al Eterno su oración fervorosa por el alma del que fue!

M. L. C.

¡Cuán grato debe ser al Señor la dulce plegaria de las vírgenes a quienes envuelve el manto de la virtud!

Si el cuerpo de Llerena descendió al sepulcro, en cambio su memoria tuvo por cementerio el pecho de Lorenza.

II

Hija mía — dijo el señor Cisneros a Lorenza, después de algunos años de dolor—nada es comparable al pesar que siento al ver que ni tú ni yo vimos jamás colmados nuestros deseos.

Mi ardiente amor a la Federación Centroamericana no fue suficiente a sostenerla. La nobleza guatemalteca, aferrada a su sistema de dominación, ha endiosado a ese estúpido aborto de Rafael Carrera, para que sea el odioso sostén de sus ambiciones.

Morazán, no pudiendo sostener ya la idea grandiosa de la unidad nacional, abandonó el territorio centroamericano, digno teatro por cierto de sus glorias y conquistas.

Siento, mi querida Lorenza, que en mi alma ha caído una plancha de

plomo, más pesada quizá que la losa del sepulcro a que no tardaré en descender, y tú, hija mía, ¿qué harás entonces, sólo y sin amparo, en este suelo donde los hombres se alimentan con las entrañas de sus semejantes? Este es un pensamiento que ha tiempo me tortura el alma.

— Padre mío, — le contestó Lorenza — eso es lo que menos debe inquietaros. Además, la muerte para vos, no está tan cercana y. . . . ¿quién puede saber lo que sucederá mañana?

Si estáis dispuesto a aceptar un consejo de vuestra hija, yo os lo diré. . .

— Habla, hija mía, que de tí no puedo esperar nada malo.

— Que abandonemos la capital del Estado y nos vayamos a vivir a un pueblo, al más apartado del bullicio, si es posible, siendo que aquí no se vive sino en un continuo torbellino.

— No me parece mal el consejo. . . y qué pueblo te gustaría para nuestra futura residencia?

— Uno en cuyas cercanías, nuestros soldados patentizaron como siempre, su amor a este pueblo, al defender sus derechos.

— Y cuál es ese pueblo, Lorenza? . . . Como en casi todos los que componen el Estado se han paseado triun-

fantes nuestras heróicas columnas, no acierto cuál sea el que tú dices.

— Pues es el pueblo de San Felipe, que por lo apartado que se encuentra, nos sentará muy bien residir allí, siendo que nuestra triste condición nos hace buscar la soledad.

— San Felipe! Si mal no recuerdo, en la Iglesia de ese lugar, está enterrado Jorge Llerena, muerto cuando la vida se le presentaba como un matinal arrebol, con el pensamiento dirigido quizá, a su “arrogante cuscatleca,” como decís que te llamaba en el colmo de su amor. . . . ¡Ah, pobre joven, y cómo renegaba de los nobles de su tierra a pesar de pertenecer a ellos! Bien, Lorenza, que se aliste todo, y nos marcharemos a ese pueblo: tú a poner flores en la tumba de tu querido difunto, y yo a llorar el desaparecimiento de la Federación Centroamericana, hecha pedazos al empuje brutal de un cacique elevado a la categoría de hombre de recto criterio y de razón serena, no siendo más que un beduino salido de las montañas. Cuanto antes marchemos, hija mía, a ese plácido retiro que me propones.

III

En una triste mañana del mes de julio del año de . . . salían por nuestra “Garita Vieja” un anciano venerable, montado en una mula torda, acompañado de una bella joven, que montaba también una yegua semejante a un copo nieve.

En esta niña de formas exuberantes y voluptuosas, se notaban, a pesar de sus pocos años, surcos profundos de amarga tristeza. El látigo cruel de la adversidad parecía haber azotado aquel semblante virginal.

Acompañaba a nuestros personajes, un número considerable de sirvientes, que como sus amos, caminaban tristes y pensativos.

Uno de estos sirvientes, el más viejo por cierto, se acercó a la joven y con paternal solicitud, le ofreció un abrigo, pues el aire, demasiado frío, hacía estremecer en su cabalgadura a la pobre niña.

Ya cubierta la joven viajera con aquel manto que le preservaba de las heridas que el viento producía en su cuerpo delicado, siguió la angustiosa caravana con rumbo al Oriente del Estado, en medio de un silencio interrumpido únicamente por el zumbi-

do del aire al azotar los árboles que extendían sus ramas descarnadas cual brazos de esqueletos suspendidos en el vacío!

Por un raro capricho de la naturaleza, el segundo día de marcha, amaneció bello y radiante cual una joven novia que está próxima a recibir la bendición nupcial.

Por otra parte, sólo en la capital del Estado se había sentido la crudeza de un invierno inclemente, porque a medida que los viajeros abandonaban sus alrededores, primavera gentil les sonreía por doquiera Mas, ay! que ni la esplendidez de los campos, ni la virginalidad de las selvas por donde pasaban, ni el tierno canto de los innumerables hablantes alados de las frondas que les enviaban su alegre saludo, ni el bello azul de las montañas destacándose a lo lejos, ni las poéticas espirales de blaquisimo humo elevándose a las regiones infinitas que a la vez designaban las distintas viviendas diseminadas en nuestros campos de Oriente, ni los mil agasajos, en fin, de que eran objeto en las diferentes poblaciones por donde pasaban el anciano y la joven nada! absolutamente nada, era bastante a borrar del semblante de aquel hombre; en quien

se notaban los embates de una vejez prematura, y de aquella niña en cuya vaga mirada ardía el sufrimiento de una enfermedad del alma, sin remedio quizás; nada bastaba, repetimos, a borrar las huellas que producen los sufrimientos morales!

Aquella caminata no tenía los alegres giros de quienes van al campo a gozar de sus delicias, sino los punzantes padecimientos de un viacrucis.

Al tercer día de marcha, y en ocasión que se hundía el sol tras los collados de Occidente, llegaron a una altura desde donde se divisaba un panorama inmenso. El Chingo, de poética forma, convertido desde entonces en ridículo centinela de imaginarias fronteras; el Izalco, terriblemente bello, lanzando a la inmensidad sus llamas candentes, que al dilatarse en su cono, semejaban un gigantesco gorro frigio; el grandioso Lamatepec, cuyas ondulaciones parecían un inmenso manto azul flotando en el vacío; pero al fijar el anciano su nostálgica mirada en nuestro volcán, en esa mole en cuyas faldas huyeron despavoridos y sin aliento, los que venían a imponernos el yugo y la coyunda mejicanos, no pudo menos que lanzar un prolongado sus-

piro y exclamar en el colmo del dolor y el desengaño:

—Adiós, bellos y encantados edenes. Voy a sepultarme en el fondo del olvido, mientras las encontradas pasiones de los hombres os convierten en sombríos panteones y áridos desiertos, donde no crecerá más que el árbol maldito de la discordia Pobre suelo infeliz, en donde ví la luz primera! La bondad y buena fe de algunos de tus buenos hijos, no bastaron a detener las garras hambrientas del buitres de Occidente El sueño feliz de los corazones ajenos a la intriga y la suprema ambición de las almas diáfanas, en cuyas transparencias se dibujaba la dicha de los pueblos, se tornaron al empuje brutal de los malvados, en drama infernal, escrito con sangre de vampiros, cuyos principales personajes son la codicia, la ambición y el retroceso! Voy a morir, ignorado, en estas apartadas y solitarias regiones; pero mientras esa hora llega, lanzaré mi eterna maldición con todo el ardor de un patriota sincero, sobre aquellos que no pueden haber salido sino del averno a despedazar en una hora marcada en el reloj que señala la desventura de los pueblos, la inmortal bandera que Morazán tremoló por

todos los ámbitos de esta tierra, de hoy y para siempre desgraciada, y cuyos colores apacibles simbolizaban la fe y la esperanza de la salvación de la patria! Con la muerte de la Federación Centroamericana nacerá el reinado de los cuervos que hundirán sus garras en la palpitante carne de los pueblos!

¡Caiga sobre mí la eterna noche de la tumba antes que ver desarrollarse esa otra, que bien puedo llamar vil comedia de ambiciones rastreras, de dominación abominable, de cruentas injusticias y de medros personales, cuyos personajes descarados, asoman ya sus lívidos semblantes en el enlutado escenario de la patria! ¡Ah, miserables! Yo

—Padre mío,—dijo la joven, viendo que el anciano seguía en su triste monólogo, sin tomar en cuenta la hora y el punto tan solitario donde se encontraban,—la noche avanza y no tardará en envolvernos en su manto de tinieblas; creo conveniente que sigamos la marcha con paso apresurado hasta llegar al vecino pueblo, donde pernoctaremos para llegar mañana a primera hora a San Felipe, donde lejos de las bajas intrigas, pasaremos nuestra existencia endulzada por el silencio, la soledad y el retiro.

— Dices bien, hija mía, yo me pierdo al evocar recuerdos y lanzar maldiciones. Marchemos

IV

No ha sido tan tupida la trama de nuestra humilde narración anterior para que, los que la hayan leído, no hayan comprendido también que el anciano y la joven de que se trata no eran otros que el señor Cisneros y su encantadora hija Lorenza, que, conforme habían convenido, abandonaban la capital del Estado, en compañía de la mayor parte de su servidumbre.

A los cuatro días de haber salido de San Salvador, llegaron por fin nuestros voluntarios proscritos, al lugar escogido por Lorenza para llorar sus esperanzas muertas, sobre la losa de un sepulcro y refrescar el alma con el bálsamo consolador del recuerdo.

El cura del pueblo de San Felipe, anciano de costumbres austeras e incorruptibles, que aunque español, había sido defensor ferviente de la independencia absoluta de las provincias centroamericanas, y, por consiguiente, amigo íntimo del señor Cisneros, tenía conocimiento, por un ex-profeso, del día en que llegaría el ilustre proscrito en unión de su que-

rida y amada Lorenza. Es por esto que había hecho arreglar una casa cercana al convento y no lejos de la Iglesia, en donde se alojarían sus buenos amigos con su servidumbre.

Lorenza hubiera querido, al llegar no más, dirigirse al templo a régar con sus lágrimas un sepulcro que existía allí, de todos olvidado, menos de ella; pero la fatiga del viaje no se lo permitió.

La llegada de nuestros personajes al apartado pueblecito de San Felipe, causó en sus habitantes una sincera alegría, pues de allí en adelante tendrían en su seno a uno de los hombres más ilustres que habían querido y querían al pueblo, a esa masa inocente, revuelta y confundida tantas veces, no para esquilmarlo sin piedad, sino para conducirlo por la senda del perfeccionamiento intelectual y moral, pues es así como el señor Cisneros creía que pueden ser felices los gobernados.

Fué un consuelo para el anciano, verse rodeado de aquellas candorosas gentes, cuyos rostros placenteros los iluminaba la franqueza y la buena fé; así es que pronto desapareció de sus oídos el adúlador zumbido que por muchos años le había importunado en la capital del Estado, mu-

cho más con la agradable compañía del anciano cura, con quien pasaba horas enteras lamentando la muerte de la Federación Centroamericana y el entronizamiento del separatismo.

Por lo que hace a Lorenza, todos los días visitaba el templo donde reposaban las frías cenizas del General Jorge Llerena y en cuyo sepulcro depositaba las olorosas flores del jardín que en su casa había cultivado ella misma

Muchos años después de lo que dejamos consignado, se veía llegar todos los días, una mujer ya entrada en años y vestida completamente de negro, a la pequeña iglesia de San Felipe. Esa mujer, después de inclinarse ante la imagen que se destacaba en el altar mayor, se dirigía a regar flores en dos sepulcros, que estaban en el fondo de la nave principal de la iglesia y que tenían grabadas en letras de oro, respectivamente, estas inscripciones:

JUAN VICENTE CISNEROS,

Fué Jefe Supremo del Estado y
enemigo acérrimo de la tiranía.

BRIGADIER JORGE LLERENA,

Muerto en defensa de la ley y del derecho.

La mujer enlutada no era otra que Lorenza, que vivía en el pueblo de San Felipe, entregada a obras que redundaban en provecho de las pobres gentes del lugar.

La muerte de su padre ocurrida pocos años después de su llegada allí, acabó de convertirla en una heroína del sufrimiento.

FIN.

**Obras de la Biblioteca del
" ATENEO DE EL SALVADOR "**

PUBLICADAS:

- «CRÓNICAS Y SILUETAS,» .. *por J. Dols Corpeño.*
- «HOMENAJE A COLÓN,» *por Miguel A. García.*
- «LORENZA CISNEROS,» (*novela*) *por Adrián M. Arévalo.*

PARA PUBLICAR:

- «5 DE NOVIEMBRE,» *Homenaje del Ateneo a los próceres.*
- «CANTOS LATINOAMERICANOS,» *por M. Alvarez Magaña.*
- «EL LIBRO DE LOS SONETOS,» *por Salvador Turcios R.*
- «OCURRENCIAS,» *por Roque Palomo.*
- «PROSA SALVADOREÑA,» (*novelas cortas*) *por Adrián M. Arévalo.*
- «VIBRACIONES,» *por J. Dols Corpeño.*



